

BREVE ESTUDIO HISTÓRICO-COMPARATIVO DE LAS FRASES HECHAS EN FRANCÉS Y EN ESPAÑOL

YAGO RODRÍGUEZ YAÑEZ
Universidade de Santiago de Compostela

El presente trabajo no pretende ser sino un acercamiento a la utilización de las frases hechas en francés y en español, para lo que además de basarnos en el método comparativo hemos de tener en cuenta la perspectiva diacrónica. Partiendo de una dimensión global, incluimos en la etiqueta del epígrafe las locuciones, refranes, proverbios, sentencias y máximas, categorías de las que proponemos algunos ejemplos a lo largo de este ejercicio, así como un intento de definición, aunque prestaremos más atención a las dos primeras denominaciones. Prescindimos de la señalización de otros tipos de frases hechas (como pudieran ser los adagios, apotegmas o preceptos), con la finalidad de acotar el estudio, dado que en caso contrario éste nos desbordaría. Quizás sea oportuno desbrozar mínimamente las divergencias y similitudes que pudieran apreciarse entre las mismas, pues no debemos olvidar que hasta el siglo XV varias fueron las denominaciones utilizadas para referirse a lo que actualmente entendemos por refrán (Bizzarri 1995a: 12). Desde entonces comenzó a imponerse esta palabra para atender a las formulaciones populares, desgajadas de la experiencia vital, «mientras que *proverbio* se reservó para las de origen culto» (Bizzarri 1995a: 12). La sentencia expresa una proposición moral en función de un punto de vista particular de los hechos. En cuanto a las máximas, consisten en enunciaciones generales que ofrecen una regla de conducta (Maloux 1980b: VI). Las locuciones son formas de hablar características (Rat 1957b: VI), cuyos componentes constituyen «une unité syntaxique et lexicologique» (Guiraud 1980: 5).

Los modismos responden a secuencias particulares que se apartan, cuando menos, del uso normal de la lengua. Por ello al hallarnos ante un idioma extranjero mostramos muy comúnmente nuestra extrañeza ante expresiones que carecen de sentido si optamos por su traducción literal. Y es que cada lengua en particular contextualiza la realidad con la finalidad de aludir a un concepto concreto.

No siempre es diáfana la frontera entre los tipos de frases hechas, máxime cuando se trata de construcciones cuyas respectivas definiciones han ido modificándose e incluso coincidiendo en el transcurso de la historia. Francisco de Espinosa (jurista de los siglos XV y XVI) concebía los refranes como secuencias embargadas de comentarios eruditos, con lo cual en cierto modo se difuminaba su distinción respecto a las sentencias (Bizzarri 1995a: 7). Maurice Maloux intenta distinguir entre proverbios, sentencias y máximas, pero en la dimensión práctica se ciñe a su enunciación, sin apuntar a qué categoría pertenecen los ejemplos citados. Hemos de añadir una cuestión derivada de los aspectos de la traducción: el español puede diferenciar los refranes de los proverbios, dualidad que en francés se expresa por medio del término *proverbe*, que acaba siendo trasvasado indiferentemente tanto por refrán como por proverbio, sin reparar en su origen popular o culto. Si acudimos a un diccionario, veremos que a esta inconsistencia inicial se le añade otro problema; parece que *dicton* es capaz de transmitir la acepción de ‘refrán’, o al menos así se nos aconseja. Quizás la solución más práctica sea traducir *proverbe* por ‘refrán’ y entender *dicton* como ‘dicho’ (del latín *dictum*), que intenta caracterizar hechos circunstanciales, pero no tiene que coincidir forzosamente con el significado de refrán. Observemos **si no** la expresión «Avocats se querellent, et puis vont boire ensemble», es decir, ‘Los abogados se pelean, y luego van a beber juntos’ (Pineaux 1979: 109). El valor fundamental del refrán reside en su didactismo, pero entonces las fronteras con el proverbio se desestabilizan. Nos ayudará ante esta situación la inexistencia de una diacronía que defina al proverbio; su naturaleza se extiende desde las civilizaciones más primitivas. Para comprenderlo fijémonos en «Suis ton cœur, pour que ton visage brille durant le temps de ta vie» (Maloux 1960a: 91), equivalente a ‘Sigue a tu corazón, para que tu cara brille durante el tiempo de tu vida’, contenido en la *Sagesse de Ptahotep* (III milenio a. C.) o en «On ne connaît son ami qu’après avoir mangé beaucoup de sel avec lui» (‘Nadie conoce a su amigo nada más que después de haber comido mucha sal con él, según la traducción literal’), citado por Aristóteles en su *Éthique à Nicomaque* (Maloux 1960b: VII). Observamos que los proverbios se basan en la enseñanza, como los refranes, pero

además de ostentar un rango intemporal, su estructura carece de la sencillez e incluso de la vulgaridad que podemos documentar en estos últimos. Ello no quiere decir que las construcciones paremiológicas no se encuentren en autores cultos. De hecho «Qui trop embrasse mal étreint» (‘Quien mucho abarca poco aprieta’) aparece en el *Liber consolationis et consilii* (siglo XIII), de Albertano da Brescia (Maloux 1960b: VIII), y con posterioridad en Rabelais: «trop embrassait et peu étreignait» (Pineaux 1979: 56). Atendiendo a la mera utilidad, podríamos decir que los refranes contienen consejos cotidianos, mientras que los proverbios designan una verdad moral, amparada, parafraseando a John Russell, «dans l’esprit d’un seul», que es «la sagesse de tous» (Maloux 1960b: v).

Tras el intento de clarificación del lugar que les corresponde a los refranes y a los proverbios, debemos proponer una explicación de lo que entendemos por sentencia. Su rasgo más notorio consiste en la expresión moral particular que se desprende de su enunciado: «Plus le corps est faible, plus il commande; plus il est fort, plus il obéit» (‘Cuanto más débil es el cuerpo, más ordena; cuanto más fuerte, más obedece’), decía Rousseau en *Émile ou De l’éducation* (Maloux 1960b: vi). Desde este punto de vista podríamos estar tentados a considerar la sentencia como sinónimo de proverbio o de máxima. Así ocurre al consultar el diccionario.

No olvidemos que la sentencia goza de mayor abstracción que el proverbio. Su función es conducir a la reflexión, no a la ejemplificación de la vida práctica (Maloux 1960b: vi), y la máxima revela una proposición general, fundada en criterios incontestables (Maloux 1960b: vi). «Le cœur a ses raisons que la raison ne connaît point» (‘El corazón tiene razones que la razón desconoce’), de Pascal, es una máxima, pero si nos ubicamos ante «D’où vient ton argent, nul s’en informe, mais il faut en avoir» (‘Nadie se informa del lugar del que procede tu dinero, pero es preciso tenerlo’), de Juvenal (Maloux 1960b: v), diremos que es una sentencia.

Centrándonos en la literatura española, percibimos que los trabajos realizados por el Marqués de Santillana permiten establecer «una distinción de uso estilístico entre refrán y proverbio» (Bizzarri 1995a: 60), por lo que el manejo de esta dualidad no parece descaminada. Aunque en la tradición es frecuente utilizar indistintamente ambos términos, es conveniente distinguirlos, proyecto que ya se atisbaba en el siglo XV (Bizzarri 1995a: 12), contrarrestado por la creciente confusión a comienzos del siglo XVI entre adagio, sentencia, precepto y proverbio (Maloux 1960b: IX).

Como segundo paso creemos oportuno atender a las divergencias manifiestas entre lo que comúnmente conocemos con la denominación de locuciones, referidas a los modos particulares de hablar (Rat 1957b: vi). En ciertos casos es posible extrapolar una misma acepción coincidente en varias lenguas, con el ánimo de incidir en el empleo de diferentes instrumentos léxicos, los cuales en el apartado que ahora nos interesa canalizan un valor equivalente en los idiomas de que se trate, salvando ciertos matices expresivos.

A pesar de que las imágenes y comparaciones con animales cambien de manera poco notoria de una lengua a otra (por ejemplo, tanto los franceses como los españoles sostienen que el lobo es el símbolo de la voracidad o el zorro de la astucia), lo cierto es que la forma puede variar. El inglés usa la locución «blind as a bat» ('ciego como un murciélago'), pero el francés esto mismo lo expresa a través de la secuencia «aveugle comme une taupe» ('ciego como un topo'); nuevamente, el inglés opta por «dumb as an oyster» ('mudo como una ostra'), mientras el francés prefiere «muet comme une carpe», traducible por 'mudo como una carpa' (Guiraud 1980: 17). Quizás la expresión más conocida sea «quand les poules auront des dents» ('cuando las gallinas tengan dientes'), encauzada en la noción de imposibilidad que conlleva una empresa. Para expresar esta misma acepción (Guiraud 1980: 18) el inglés se sirve de los cerdos («when the pigs begin to fly», que significa 'cuando los cerdos empiecen a volar') y el español de las ranas: «cuando las ranas críen pelos».

En las locuciones que toman como modelo las experiencias cotidianas, parece inevitable no observar una tendencia a la generalización por parte del francés (Guiraud 1980: 18). Para significar «matar dos pájaros de un tiro», el francés se sirve de «faire d'une pierre deux coups», que traducido implica 'hacer dos golpes de una piedra'. De lo hasta aquí expuesto podemos inferir la ineficacia de traducir término por término (en la mayor parte de los casos), sin servirnos del valor global de la secuencia, que responde a usos gramaticales más amplios. La experiencia demuestra que el trasvase individual de cada vocablo, tomando como referencia el idioma nativo, es la tendencia habitual a la hora de iniciarse en una lengua extranjera.

En locuciones del estilo de «donner le change» resulta inexcusable un mínimo conocimiento histórico para su cabal entendimiento; literalmente significaría 'dar el cambio', hecho que no se ajusta en absoluto a lo que en realidad quiere decir. Más bien habría que pensar en 'tromper' ('engañar') como el sentido correcto. En la caza sucede que el ciervo, muy hábilmente, modifica su recorrido confundiendo sus huellas con las

de otro animal cuando se siente perseguido. Este comportamiento provoca que los perros se guíen erróneamente por el olor de otra pista, de ahí la acepción de ‘engañar’ (Guiraud 1980: 19). La expresión española que daría cuenta de la noción ‘equivocarse’ (justo lo que hace el cazador) sería «meter la pata», equiparable a «mettre les pieds dans le plat» (literalmente ‘poner los pies en la fuente’).

Ahondando un poco más en esta perspectiva, constatamos que la herencia de modismos halla un gran soporte en los campos de la iglesia, de la caza, de los juegos y de las actividades bélicas (Guiraud 1980: 21-24). Precisamente a estas últimas se refiere «trouver le défaut de la cuirasse», asimilable a nuestro «buscar el punto débil», o incluso podemos pensar en el famoso «talón de Aquiles», «talon d’Achille» en francés.

El devenir de la historia nos ha legado expresiones basadas en la geografía y en la mitología, aserción confirmada en «tomber de Charybde en Scylla» (Rat 1957a: 89), que supone ir ‘de mal en peor’, por alusión respectivamente al remolino y a los peñascos, de donde surge la secuencia «Estar entre Escila y Caribdis».

No todas las locuciones utilizadas antiguamente continúan teniendo vigencia en la actualidad, en ocasiones debido a que alguno de sus elementos ha desaparecido y en otras porque tales fórmulas son sentidas como arcaicas por los propios hablantes. Ejemplo del problema inicial es *noise*, cuyo significado era ‘ruido, disputa, querella’. Hoy solamente se conserva en «chercher noise», sinónimo de «chercher querelle» (Guiraud 1980: 37, 39), que significa ‘buscar camorra’.

«C’est de l’iroquois» se adaptaría a aquel grupo de locuciones que han dejado de emplearse no únicamente en la conversación cotidiana, sino también en los escritos más conservadores y sujetos al plano académico. Para señalar nuestra extrañeza ante algo basta con decir «C’est bizarre». Se trata de un caso de selección que ha venido larvándose a través del continuo lingüístico. El desentrañamiento de la locución primera requiere que el hablante asocie el iroqués con una lengua ininteligible, que llega a comprender hasta siete u ocho dialectos, con palabras de una complejidad máxima en su estructura (Rat 1957a: 216). Si queremos mostrar la normalidad de un acontecimiento, recurriremos a «Ce n’est pas la mer à boire» o a «Ce n’est pas le Pérou». No podemos esperar un trasvase literal, en especial por lo que respecta a la primera de las formas, pues al hacerlo obtendríamos una secuencia inadmisibile.

Estas expresiones que estamos citando dan lugar a un cúmulo de modos particulares del hablar, insertados en el saber idiomático de cada usuario. Quizás el dominio de esta clase de estructuras sea el eslabón último a la hora de estudiar una

lengua extranjera; su utilización pertinente sólo podrá propiciarse desde la práctica, ya que desde la postura opuesta caeríamos en el error de plasmar en la conversación construcciones arcaicas.

Es evidente que en circunstancias normales a nadie se le ocurre decir *métropolitain* ('metropolitano') en vez de *métro* o emplear la interrogación *Que sais-je?*, a excepción de unos parámetros muy particulares, tal y como sucede con relación al segundo ejemplo en una conocida colección de libros.

La forma «Había cuatro gatos» halla su homóloga francesa en «Il y avait quatre pelés et un tondu». Podríamos recurrir al traslado de la secuencia española, pues existe la expresión francesa «Il n'y a pas un chat» ('No hay ni un gato'). Adentrándonos en la comprensión de los elementos léxicos, observamos que *pelés* significa 'pelados' y que *tondu* no es más que un sinónimo. El propio La Fontaine había usado el primer término en su fábula «Les Animaux malades de la peste», jugando con los sentidos literal y figurado de la palabra (Rat 1957a: 300).

Visualizamos cómo el español se sirve de *gato* para expresar la escasa afluencia de gente, mientras que el francés (aparte de usar esta palabra) goza de otra construcción con dos vocablos que podríamos considerar sinónimos. La locución «Il n'y a ni Gautier, ni Garguille» (Lagane 1983: 104) se caracteriza por la utilización de dos nombres propios para incidir en el mismo significado. Esta expresión podría hallar su correlato en el «No hay ni Dios» español, aunque esta forma parece más vulgar que la francesa.

El modo de sugerir una misma idea es en ocasiones muy diferente. Los franceses pueden emplear «dormir comme un sabot», cuya traducción exacta sería 'dormir como un zueco', en tanto que las locuciones españolas serían «dormir como un tronco», o «dormir como un lirón». Si por cualquier circunstancia quisiésemos decir en castellano 'dormir como un zueco', posiblemente nuestros interlocutores no comprenderían el sentido de la secuencia. Sucede muchas veces con las frases hechas que cuando las distorsionamos estamos creando un producto que puede diferir en poco con relación a la estructura inicial, pero ello es suficiente para que alteremos el valor que se le otorgaba. Con el paso del tiempo las locuciones primitivas dan lugar a variantes, las cuales en la medida en que son aceptadas gozan de mayor o menor empleo y prestigio.

La demostración de la incoherencia de traducir literalmente se manifiesta con claridad en la expresión «Ne pas se fouler la rate» (Rat 1957a: 338); si adoptamos una lectura simplista, diríamos 'No pisar el bazo'. Obviamente ésta no es la construcción

equivalente en español. Más bien habría que pensar en «No rascar bola», habida cuenta de que conserva el tono popular inherente a la secuencia francesa.

La elección del bazo como parte asociada a la pereza tiene su explicación. Desde la Antigüedad era considerado el depositario de todas las pasiones, cualidad que confirma Voltaire (Rat 1957a: 339). En cuanto al término *bola* incardinado en la locución española, su uso desprende un matiz muy gráfico, de acuerdo con el carácter coloquial del enunciado.

«Tomar las de Villadiego» (por alusión a las alforjas fabricadas en este lugar) parece el referente de «Prendre la clef des champs». Esta expresión puede atestiguar en el *Guzmán de Alfarache*: «[...] tomé las de Villadiego» (Alemán 1987: 1ª parte, III, cap. 1, 383). Incluso figura en la tradición popular francesa (Rat 1957a: 85). En este segundo ámbito su sentido promueve que los campos son cerrados con llave por aquéllos a los que se les impide ir, de donde se deduce el significado de ‘marcharse’, ‘huir’ (Rat 1957a: 85).

Analizando algunas de las formas resultantes del contacto entre los pueblos, comprobamos que con frecuencia éstos y sus habitantes reciben elogios de sus vecinos, o tal vez se achacan mutuamente algunos defectos. Así sucede cuando un francés quiere decir que alguien habla muy mal la lengua gala. Entonces seguramente asome a sus labios la famosísima expresión: «Parler français comme une vache espagnole». Antes de decantarnos por una traducción correcta sería preferible intentar ofrecer una lectura histórica de la cuestión.

No podemos dejar de señalar nuestra extrañeza ante tal locución, que inicialmente llega a resultar ofensiva. Pero tal vez el agente causante haya sido la corrupción del término *basque*, cuya forma en gascón antiguo era *vace*, de donde se supone que ha surgido *vache*. Entonces el enunciado original habría sido «parler français comme un Basque espagnol» (‘hablar francés como un vasco-español’), o, en su correspondiente femenino, «parler français comme une Basque espagnole» (‘hablar francés como una vasca-española’), pues era un tópico extendido la dificultad que tenían estos habitantes para aprender la lengua francesa (Rat 1957a: 392).

Una argumentación diferente mantiene que *vache* no sería una alteración de *Basque*, sino de *basse*, con el sentido de ‘sirvienta’ y no del actual ‘baja’. Deducimos que la expresión diría en este caso «parler français comme une servante espagnole» (‘hablar francés como una sirvienta española’). Pese a los datos manejados, su origen

continúa siendo oscuro. Incluso nos parece divertido entender este enunciado literalmente: «hablar francés como una vaca española».

No es la única fórmula dedicada a España. Si pensamos en proyectos irrealizables, podemos recurrir a la manida locución «Hacer castillos en el aire». Para expresar idéntica idea un francés elegirá «Faire des châteaux en Espagne», secuencia ya utilizada por La Fontaine en «La Laitière et le pot au lait» (Rat 1957a: 90). Uno se pregunta cuáles fueron las motivaciones que llevaron a situar en España los castillos que nosotros creemos en el aire. Valga como curiosidad el hecho de que desde el siglo XIII tenemos constancia de la existencia lingüística de castillos en otros lugares (Rat 1957a: 90), como demuestran «Faire des châteaux en Asie» ('Hacer castillos en Asia') o «Faire des châteaux en Albanie» ('Hacer castillos en Albania'), lo que al menos elimina la posibilidad de considerar a España el único país de las quimeras. Redundaría quizás en una mera arbitrariedad o casualidad el que España fuese el lugar escogido para expresar este concepto, pero entonces la locución carecería de lógica. En realidad parece que es imposible levantar castillos imaginarios en lugares que los poseen en escasa medida, verdadero sentido que trata de transmitir la fórmula estudiada.

Las construcciones fijas pueden dar lugar a malentendidos. Cuando hablamos del «mal francés» no nos referimos a una lengua incorrecta, sino que así se denomina a la sífilis, introducida según los italianos por los franceses durante las Guerras de Italia. Por su parte los galos creen que contrajeron la enfermedad en Nápoles, por lo que les parece adecuado denominarla «mal napolitain», como hace Ronsard (Rat 1957a: 244).

La nómina de locuciones dedicadas al carácter español halla su punto culminante en «Il grandira, car il est espagnol». Desde una perspectiva primeriza podríamos sentirnos halagados ante este modismo: 'Crecerá, porque es español'. En realidad se trata de un verso extraído de *La Périchole*, ópera bufa de Meilhac y Halévy, con música de Offenbach (Rat 1957a: 171). Dicho pensamiento fue extrapolado durante el invierno de 1918: «La grippe grandira, car elle est espagnole» ('La gripe aumentará, porque es española'). Baste decir que en esa época España padeció una terrible epidemia, origen de la utilización jocosa de la locución. Sin ánimo de venganza es justo apuntar que con posterioridad Francia acabaría sufriendo las consecuencias de la gripe (Rat 1957a: 171).

Nos interesa ahora demostrar las visiones que dejan traslucir los idiomas citados a través de las construcciones paremiológicas. Comenzando por los refranes que presentan rima por repetición, entendida como la reiteración de un vocablo (Bizzarri 1995a: 25), destacamos que es posible mantener un paralelismo entre el francés y el

español. En los *Refranes que dizen las viejas tras el fuego* encontramos «A ruyn, ruyn y medio» (López de Mendoza 1995: 78, nº 24; Bizzarri 1995a: 25), que no es ni más ni menos que el actual «A pícaro, pícaro y medio». Su traslado al francés se antoja sin ningún problema, con la documentación del refrán «À malin, malin et demi», caracterizado por el recurso de la repetición antes señalado. Podemos percibir la elipsis verbal en ambos casos, lo mismo que en «À bon entendeur salut», cuyo referente en español es «A buen entendedor pocas palabras», recogido de nuevo por el Marqués de Santillana (López de Mendoza 1995: 80, nº 78).

Los refranes con estructura negativa hallan una ilustración clara en «No es oro todo lo que reluce», que ha sufrido una curiosa transformación. En principio se cree que deriva de los textos de San Ambrosio. Remontándonos al neoplatonismo, advertimos una defensa del brillo como símbolo de la belleza áurea. De esta opinión nacería el refrán «Todo es oro lo que luze», incluido en el *Corbacho* (Bizzarri 1995b: 171). Contrariamente *La Celestina* (Bizzarri 1995b: 171-172) manifiesta que «[...] ni es todo oro cuanto amarillo reluce» (Rojas 2000: VIII, 197), germen de la expresión actual. El francés muestra igualmente la negación en la estructura, de acuerdo con sus esquemas sintácticos: «Tout ce qui brille n'est pas or» (Maloux 1960a: 36).

La secuencia «Una golondrina no hace verano» no es original de la lengua francesa («Une hirondelle ne fait pas le printemps»), sino que procede de la Antigüedad Clásica, desde donde se trasvasó al español, al inglés y al alemán (Rat 1957a: 211). Se encuentra recogida en los *Refranes que dizen las viejas tras el fuego*: «Una golondrina no faze verano» (López de Mendoza 1995: 108, nº 701). Pensamos que su carácter inicial de proverbio fue vulgarizándose, hasta convertirse en refrán debido a la aceptación popular.

«La codicia rompe el saco» es otra de las construcciones paremiológicas de uso frecuente en la conversación cotidiana; presente en el *Libro de Apolonio* (Bizzarri 1995b: 164) a través de «[...] la mala codicia suele el saco romper» (1989: 57b, 49), es recogida por Santillana en su «Cobdiçia mala saco rompe» (López de Mendoza 1995: 83, nº 146) y por Cervantes (Maloux 1960a: 117) en el *Quijote* (2000: II, XIII, 735), aunque este refrán literalmente traspuesto no se localiza en la cultura francesa.

Observemos que ciertos refranes difieren entre sí al adoptar un punto de vista comparativo. Ello ocurre con «La cabra tira al monte» (de bajo empleo), ejemplificado mediante «La caque sent toujours le hareng». Si nos fijamos en los sustantivos,

comprobaremos que *caque* significa ‘barril’ y que *hareng* se refiere al ‘arenque’, unidades léxicas muy distintas a las utilizadas por la estructura en español.

Existen refranes que son intrínsecos a una determinada cultura, y la experiencia que pretenden transmitir no admite la posibilidad de verterse a través de los términos escogidos por cada lengua en particular. Tal circunstancia se desencadena en «Cria cuervo, sacarte ha el ojo», que además de ser recogido por Santillana (López de Mendoza 1995: 83, nº152) se encuentra en *La Celestina*: «[...] Crié cuervo que me sacase el ojo [...]» (2000: XIV, 279). Pero la documentación de este refrán se remonta incluso a la obra *Romancea proverbiorum* («Cría cuervo que te saque el uello») y al *Seniloquium*: «Cría cuervo e sacarte ha el ojo» (Lobera *et alii* 2000: 279, nota 78). Su origen proviene de los *Bestiarios*, en los que se alude a la predilección que estas aves sentían por los ojos. En francés podemos remitirnos a los estudios de Levasseur (Maloux 1960a: 337), quien anota «Nourris le corbeau, il te crèvera les yeux».

La expresión «A lo hecho, pecho» demuestra de nuevo el diferente sistema que las lenguas ostentan para acotar la realidad; el francés en concreto dice «Quand le vin est tiré, il faut le boire», esto es, «Cuando se ha caído el vino, hay que beberlo», secuencia presente en Baïf y citada al parecer por Charost a Louis XIV, si bien sin la partícula temporal inicial (Maloux 1960a: 5).

Las dificultades de conseguir una traducción correcta se aprecian en «Más vale pájaro en mano que ciento volando», equiparable al galo «Un tiens vaut mieux que deux tu l'auras». Este refrán se halla en el *Guzmán de Alfarache* aunque bajo una forma distinta: «[...] más valía pájaro en mano que buey volando [...]» (Alemán 1987: 2ª parte, II, cap. 2, 180). El *Corbacho* (Bizzarri 1995b: 170), obra de Alfonso Martínez de Toledo, emplea una nueva variante: «[...] e aman más páxaro de mano que bueytre bolando, e asno que las lyeve que cavallo que las derrueque» (1970: I, cap. 18, 83). El español dice «Muerto el perro, muerta la rabia». Sin embargo, la forma correspondiente al francés es «Morte la bête, mort le venin». Estos enunciados corroboran la generalización inherente a dicha lengua, aunque podemos encontrar un contraejemplo en el refrán «Ce qui vole un œuf peut voler un bœuf», equivalente al español «El que hace un cesto, hace un ciento».

La vertiente literaria ha contribuido a la difusión, variación y fijación de los refranes; Cervantes en el *Quijote* (2000: II, LXVII, 1169) documenta «[...] ojos que no veen, corazón que no quiebra [...]» (el actual «Ojos que no ven, corazón que no siente»), presente en Santillana a través de «Ojos que no veen, coraçon que no quiebra» (López

de Mendoza 1995: 100, nº 506) y traducible por «Loin des yeux, loin du cœur» (Maloux 1960a: 1). Molière incluye «Qui t'aime te fait pleurer» (Maloux 1960a: 14) en *L'Avare*, que no es ni más ni menos que nuestro «Quien bien te quiere, te hará llorar».

La Fontaine emplea el refrán «Aide-toi, Dieu t'aidera» para ilustrar su fábula «Le Chartier embourbé», con una ligera variante en el mismo: «Aide-toi, le Ciel t'aidera» (1965: 115, v. 33).

La disposición de las construcciones francesas actuales se diferencia de la gran libertad que mostraba el francés antiguo, lengua que entre otros rasgos relevantes presentaba declinaciones. La normativa vigente rechaza la colocación del sujeto después del verbo cuando la secuencia en cuestión comienza por un complemento o por un adverbio, lo que no impide que se conserve en muchos refranes (Guiraud 1980: 46). Precisamente ocurre en «Tant va la cruche à l'eau qu'à la fin se brise», recogido por Molière (Pineaux 1979: 63) en su *Dom Juan* o por Beaumarchais (Pineaux 1979: 65) en *Le Mariage de Figaro* (1988: Acto II, escena I, 401). Íñigo López de Mendoza transcribe esta construcción: «Cantarillo que muchas vezes va a la fuente o dexa el asa o la fuente» (1995: 83, nº 141). Incluso notamos su simplificación en el *Libro del Caballero Zifar* (Bizzarri 1995b: 164): «[...] tanto va el cantaro a la fuente que dexa alla el asa o la fuente» (1983: 379).

Los refranes llegan a consolidarse y a insistir en los diversos estadios de la vida, como sucede en «Mala hierba nunca perece», cuyo exponente es en francés «Mauvaise herbe croît toujours», empleado por Molière (Pineaux 1979: 63). Aunque el español aluda a la imposibilidad de la muerte y el francés al continuo crecimiento, realmente ambos idiomas manifiestan una acepción común. La única diferencia radica en los matices particulares que se desprenden al escuchar esas dos expresiones, motivadas por la idiosincrasia de cada pueblo.

Si por lo general no resulta rentable efectuar una traducción literal, lo cierto es que en ocasiones dos lenguas tan relacionadas como el francés y el español coinciden. Concretamente en «Il n'y a point de pires sourds que ceux qui ne veulent point entendre», empleado en *L'amour médecin*, de Molière (Pineaux 1979: 63), creemos poder llevar a la práctica dicho procedimiento si partimos del refrán francés moderno: «Il n'y a pas pire sourd que celui qui ne veut pas entendre» ('No hay peor sordo que el que no quiere oír'). En idéntica situación nos encontramos ante «Mieux vaut tard que jamais» ('Más vale tarde que nunca').

Atendiendo a los proverbios, definidos en función de su extracción culta, diremos que gozan de una gran profusión durante la Antigüedad Clásica. Plauto, en su obra *Mostellaria*, afirma que «On ne peut à la fois souffler et avaler» (Maloux 1960b: v). Es plausible extrapolarlo al campo de los refranes. En francés se dice «On ne peut ménager la chèvre et le chou», equivalente al español «No se puede nadar y guardar la ropa». Los elementos de la realidad escogidos muestran que para aludir a un mismo concepto las lenguas se sirven de instrumentos muy diversos, y ello sin la necesidad de que hagamos hincapié en los factores relativos a la gramática.

No debemos olvidarnos del lenguaje religioso, proveedor de secuencias que con el tiempo se han convertido en auténticos proverbios (Guiraud 1980: 33). Basta con pensar en «nul n'est prophète en son pays» (San Lucas, IV, 24), equiparable a 'nadie es profeta en su tierra', o en «jeter des perles devant les porcs» (San Mateo 7, 6), que significa 'tirar perlas delante de los cerdos'.

Nos centraremos en el análisis de algunas sentencias, que, no obstante ser expuestas por autores diferentes, lo cierto es que a veces contienen una enseñanza moral semejante. El *Quijote* insistía en que «[...] yo sé que lo bien ganado se pierde, y lo malo, ello y su dueño» (Cervantes, 2000: II, LIV, 1069). François Villon, en *Le Testament*, afirma que «Jamais mal acquit ne profite» (Maloux 1960a: 67), es decir, 'Nunca se saca provecho de lo mal adquirido'. Esta preocupación existía desde mucho antes de los escritores señalados. Hesíodo (siglo VII a. C.) en *Les Travaux et les Jours* exponía que «Gain illégitime vaut perte» (Maloux 1960a: 66), expresión que podemos entender como 'Ganancia ilegítima equivale a pérdida'.

No cometamos tampoco el error de creer que únicamente en los albores de la cultura occidental se fraguaron las sentencias; esta apreciación indicaría una palpable estrechez de miras, perceptible en parte debido a nuestro desconocimiento del mundo oriental. Valga como referencia que en el *Livre des sentences* Confucio (siglo VI a. C.) plasmaba sus célebres pensamientos: «Être riche et honoré par de moyens iniques, c'est comme le nuage flottant qui passe» (Maloux 1960a: 66), que significa 'Ser rico y honrado por medios inicuos, es como la nube que pasa indecisa'. La actitud meditativa que se pretende transmitir coincide, independientemente de la época y de la religión en las que nos asentemos.

Así se deja traslucir en las máximas que giran en torno al amor, con un sentido más abstracto y complejo que el denotado por las sentencias. Eurípides (siglo V a. C.) sostiene en el *Hipólito* que «L'amour est la chose la plus douce et la plus amère»

(Maloux 1960a: 24): ‘El amor es la cosa más dulce y más amarga’. Clément Marot expone una reflexión análoga en sus *Rondeaux* (1540): «Amour a de coutume d’entremêler ses plaisirs d’amertume» (Maloux 1960a: 26): ‘El amor tiene la costumbre de entremezclar sus placeres con amargura’. Cervantes en el *Quijote* llega a manifestar una opinión diferente al respecto, que tomamos del francés: «L’amour est un ennemi que l’on ne peut vaincre corps à corps, mais par la fuite» (Maloux 1960a: 26), es decir, ‘El amor es un enemigo que no se puede vencer cuerpo a cuerpo, sino mediante la huida’.

El tema pecuniario ha sido cultivado por la tradición. Surgen multitud de máximas en torno al mismo. Su naturaleza modélica se atestigua en el siguiente juicio emitido por el citado autor español y recogido de nuevo por Maloux (1960a: 462): «Ce ne sont pas les richesses qui font le bonheur, c’est l’usage que l’on en fait» (‘No son las riquezas las que hacen la felicidad, sino el uso que se hace de ellas’). Por un camino parecido transita Stendhal en la *Vie de Rossini* (1824): «Ce n’est pas tant d’être riche qui fait le bonheur, c’est de le devenir» (Maloux 1960a: 463): ‘No es tanto el ser rico lo que hace la felicidad, sino el futuro’.

A lo largo de estas líneas hemos intentado abordar tangencialmente alguna de las dimensiones que componen las frases hechas en francés y en español, a pesar de la enorme confusión que opera en ellas. Las equivalencias interidiomáticas a menudo son difíciles de establecer, no solamente debido a los particulares mecanismos gramaticales de que se sirve cada lengua, sino también a causa de los valores intrínsecos a cada pueblo. La comprensión de esta clase de expresiones requiere del hablante un conocimiento de la lengua y de la cultura, las cuales aportan a nuestras conversaciones una riqueza sin igual.

A modo de máxima final, diremos con Monseñor Romero, arzobispo de San Salvador asesinado en 1980, que «La justicia es como las serpientes: sólo muerde a los descalzos».

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Fuentes primarias

- ALEMÁN, Mateo, 1987, *Guzmán de Alfarache*. Madrid: Cátedra [Edición de José María Micó].
BEAUMARCHAIS, 1988, «Le Mariage de Figaro». *Œuvres*. Paris: Gallimard, 381-489 [Édition de Pierre Larthomas avec la collaboration de Jacqueline Larthomas].
CERVANTES, Miguel de, 2000, *Don Quijote de la Mancha*. Barcelona: Círculo de Lectores [Edición de Silvia Iriso y Gonzalo Pontón].

- LA FONTAINE, Jean de, 1965, «Fables». *Œuvres complètes*. Paris: Éditions du Seuil, 56-175 [Présentation et Notes de Jean Marmier].
- Libro de Apolonio*. Madrid: Castalia (*Odres Nuevos*), 1989 [Versión de Pablo Cabañas].
- Libro del Caballero Zifar*. Madrid: Cátedra, 1983 [Edición de Cristina González].
- LÓPEZ DE MENDOZA, Íñigo (Marqués de Santillana), 1995, *Refranes que dizen las viejas tras el fuego*. Kassel: Reichenberger [Edición de Hugo Óscar Bizzarri].
- MARTÍNEZ DE TOLEDO, Alfonso (Arcipreste de Talavera), 1970, *Corbacho*. Madrid: Castalia [Edición de Joaquín González Muela].
- ROJAS, Fernando de [y «Antiguo Autor»], 2000, *La Celestina. Tragicomedia de Calisto y Melibea*. Barcelona: Crítica [Edición de Francisco J. Lobera et alii].

Fuentes secundarias

- Bizzarri, Hugo Óscar, 1995a, «Introducción». *Refranes que dizen las viejas tras el fuego*. Kassel: Reichenberger, 1-64.
- , 1995b, «Notas a los Refranes». *Refranes que dizen las viejas tras el fuego*. Kassel: Reichenberger, 161-176.
- GARCÍA-PELAYO Y GROSS, Ramón y Jean TESTAS, 2001, *Diccionario General Español-Francés, Français-Espagnol*. Barcelona: Larousse.
- GUIRAUD, Pierre, 1980 [1961], *Les Locutions françaises*. Paris: Presses Universitaires de France (*Que sais-je?* 903).
- LAGANE, René, 1983, *Locutions et proverbes d'autrefois*. Paris: Eugène Belin.
- LOBERA, Francisco J. et alii (eds.), 2000, *La Celestina. Tragicomedia de Calisto y Melibea*. Barcelona: Crítica.
- MALOUX, Maurice, 1960a, *Dictionnaire des Proverbes, Sentences et Maximes*. Paris: Larousse.
- , 1960b, «Introduction». *Dictionnaire des Proverbes, Sentences et Maximes*. Paris: Larousse, v-xii.
- PINEAUX, Jacques, 1979 [1956], *Proverbes et dictons français*. Paris: Presses Universitaires de France (*Que sais-je?* 706).
- RAT, Maurice, 1957a, *Dictionnaire des Locutions Françaises*. Paris: Larousse.
- , 1957b, «Introduction». *Dictionnaire des Locutions Françaises*. Paris: Larousse, v-xv.